LAS PALABRAS DE LA MEMORIA

ÁNGEL GARCÍA GALIANO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
agarcia@filol.ucm.es

En la primera novela que publiqué, *El mapa de las aguas*, los protagonistas recibían unos misteriosos arcones llenos de no menos misteriosos y exóticos regalos provenientes de Guinea, una provincia española que aparecía en los mapas de la escuela de don Jesús, en ese lugar de La Mancha en donde hago recalar todas las historias que imagino. El protagonista de la novela, y narrador de la misma, cuenta cómo sus padres vivían en Guinea, estamos a mediados de los años sesenta, y a ellos, a los hermanos semihuérfanos los han dejado en el pueblo al cuidado de sus tíos. El único contacto regular con los padres, durante mucho tiempo, son esas misteriosas cajas de maravilla llenas de regalos sorprendentes, figuras de ébano y okume, comics y novelas ilustradas en inglés, diccionarios, juguetes impensables en la autarquía paupérrima de un pueblo perdido en medio de la meseta, al que llega la feria una vez al año, con sus tómbolas de saldo y los previsibles balones de fútbol, muñecas peponas, tambores de piel de cerdo y camiones volquetones a pilas. Esos cofres del tesoro que de tanto en tanto le llegaban al protagonista de mi novela eran su cordón umbilical con un imaginario lejanísimo, perdido en el atlas de don Jesús, en las profundidades del África ecuatorial, más allá de Sidi-Ifni o del Sahara, también posesiones españolas. Tardé años en saber que la misteriosa chaqueta llamada “sariana” que siempre llevaba mi tío en primavera era en realidad eso una sahariana.

Sucedió que en ese mismo año de 1968 en que se desarrolla *El mapa de las aguas*, el protagonista vio en la televisión del teleclub la ceremonia, aquel 12 de octubre, de la independencia de Guinea, el traspaso de poderes de manos de Fraga Iribarne al flamante presidente de la neonata República, vencedor de las elecciones, Francisco Macías, que derrotó al candidato gubernamental, y toreó a los que como Carrero Blanco no se cansaban de repetir a los coloniales de entonces, ignoro si con ceguera o con estulticia: “esto sigue siendo como estar en Soria”, porque aquella Soria forestal y tupida, a los pocos meses, se tornó una sangrienta

dictadura, dicen que el presidente se volvió loco, lo embrujaron; no hacía falta, pues tenía de quién aprender, pero lo cierto es que en marzo del 69 los últimos colonos salieron de Soria flanqueados por los retenes de la Guardia Civil con una mano delante y otra detrás: lo perdieron todo, primero con la falaz autonomía y ahora con la controlada independencia, querían seguir cebando la gallina de los huevos de oro y esta se transformó en un gallo colérico y enloquecido que fue destruyendo uno a uno todos los huevos depuestos por los viejos y ahora odiados colonos.

El resto, para mí, era literatura, quiero decir, la historia de mi novela tomaba enseguida otros derroteros y lo de Guinea quedaba solo como mar de fondo de un cofre que se convertía en el cordón umbilical con unos padres lejanos y ajenos con los que el protagonista no supo nunca acabar de conllevarse; pero el interés por Guinea, como tema, continúa cuatro años después en la siguiente novela, *Hilo de plata*, de la que *La casa sin palabras*, aunque escrita dos años más tarde, es antecedente, pues narra la historia de los padres de su protagonista, Pablo, concebido en Guinea tras un proceso muy complejo de aprendizaje por parte de su madre, Erenia, la protagonista absoluta del relato y su mundo de imágenes y fragmentos de alma, ubicados en su casita de muñecas.

Su hijo, ese Pablo, reaparece, aunque ya digo, había sido escrita antes, en *Hilo de plata*, ya con 15 años, de nuevo en su lugar de La Mancha, sabedor de que sus padres, pero sobre todo su madre, llevan en la mirada una imborrable e irresistible fascinación por Guinea. Él, que nunca estuvo allí, siente la necesidad de reconciliarse con sus padres asumiendo, hasta donde sea capaz, la historia de esa vida ajena a su biología pero no a su biografía, no a su memoria, a su inconsciente colectivo, la que ellos vivieron antes de que él naciera, la vida y el alma de sus padres en aquellos míticos años guineanos.

La colonia africana, como tema, queda así, en la novela *Hilo de plata*, como un modesto ruido de fondo, sobre todo en la mirada dulce de Erenia, esa mujer callada, introvertida y sabia, que habla poco y dice mucho y que, al oír mencionar a Guinea en una conversación de familia, se le ilumina la mirada, con un rictus de extraña felicidad y melancolía que Pablo, el protagonista, no sabe bien cómo traducir, y menos, cómo insertar en el hilo extraviado de su existencia.

Este pequeño pero significativo dato, en el proceso de elaboración de la novela, es rotundamente autobiográfico, casi el único de ella; quiere decirse que también el autor de la misma nació en un lugar de La Mancha, en cuya escuela lucía un flamante mapa imperial en el que se incluían las posesiones africanas de España y, sobre todo, que vivió toda

su infancia con los cuentos, las historias y, lo que es más importante, la mirada encendida de una mujer tímida y retraída, de muy pocas palabras, a quien se le iluminaba el alma, y su hijo, tímido, retraído y cáncer como ella lo notaba, secreta e inefablemente lo notaba, cuando por un motivo u otro, en las reuniones familiares, en las charlas a la fresca en los lentos veranos tórridos del pueblo, salía el tema de Guinea.

Imaginen ahora un niño, de pantalón corto, bicicleta, algo solitario, que corretea por los desmontes del pueblo y al volver a casa para la hora de la merienda, del pan con chocolate, se encuentra en la placeta donde nace su calle a medio pueblo arremolinado en torno a un coche grande y caro, insólito en esas latitudes, lleno de negros, indagando una dirección. Estamos en abril de 1970, hace solo 40 años de ello, el pueblo está casi sin asfaltar y la mayoría de sus habitantes no han visto jamás a alguien de otro color, no han visto el mar, puestos a no ver, salvo los varones, cuando la mili, si tuvieron destino en la costa. Quiero decir que la aparición de un Dodge Dart plateado e inmenso, orlado con una banderola tricolor, conducido por un trajeado africano tocado con gafas oscuras, parado en la placeta del bar del Chato, rodeado literalmente por decenas de personas que no se quieren perder el espectáculo, es una escena muy cercana al realismo mágico pero que, sin embargo, pertenece a mis recuerdos más lejanos de la de infancia: aquellos negros, entre los cuales se encontraba el flamante embajador de Guinea en España, y dos de sus tres esposas (otro toque surreal para aquella España nacionalcatólica del tardofranquismo, cuando aún en mi pueblo el cura iba con sotana y bonete), preguntaban por mi casa.

De modo que aquel muchacho solitario en bicicleta se vio interpelado por un paisano: “eh, tú, Guinea, que estos señores preguntan por tu padre”. Y el mozalbete, que apenas si llegaba al sillín, flanqueó en su bici el paso del coche oficial, camino de su casa, por aquellas calles aún sin asfaltar, que acaban de asistir a los pasos de la semana santa, acompañado en procesión curiosa y festiva (la noticia del mes, o del año, para aquel pueblo en donde había una televisión en el casino para ver partidos y corridas), como si de una escolta de juguete se tratara: una escena más cercana a ciertas vislumbres filmicas del mejor Fellini que a un hecho verídico acaecido en la Mancha manchega. Y, sin embargo, así sucedió y así lo consigno.

La vida sigue y por suerte o desgracia aquel muchacho de pantalón corto, timidez y bicicleta se desarraigó casi por completo de su lugar en La Mancha, pero aun hoy si volviere, y cualquiera, aquel que lo interpeló hace 40 años, por ejemplo, para que acompañara a los embajadores a su

casa, si al no dar con la cara de aquel forastero, le preguntara, quién eres, y él dijera, soy el hijo de Ramón Guinea, todos los mayores de cuarenta años lo reconocerían de inmediato.

Esa mujer introvertida y sin palabras, de honda mirada y atávica sabiduría no era feliz, o al menos necesitaba la mínima excusa para no serlo. Huérfana de nacimiento, era la menor de siete hermanos, la gripe del 18 se llevó por delante al padre y a la madre, la criaron sus hermanas, padeció la locura y el hambre de la Guerra, se casó joven, al acabar la misma, emigró a Guinea, regresó de aquel paréntesis feliz, serena y madura, diez años después, tuvo ya aquí a su último hijo, pero su alma frágil e introvertida vio cómo la sepultaban de nuevo en aquel mentidero de envidias, comidillas, chácharas petulantes, brutalidad, ignorancia, religiosidad obligatoria, miedo y derrota: aquel pueblo no se rindió y, al acabar la guerra, fusilaron al alcalde, cuyo nieto era mi mejor amigo de la infancia, y su abuela, la viuda sempiternamente de negro del alcalde, tuvo que casar a su hija única con un forastero, Juan el sastre, venido de Albacete, porque nadie del pueblo tomaría como esposa a la hija de un fusilado por el Régimen.

El protagonista de mi novela es trasunto exacto de aquella historia de mi infancia, que yo descubrí muchos años después, porque entonces todas esas cosas se nos escamoteaban hasta el punto de haber vivido una infancia vicaria, llena de ocultaciones y mentiras, fruto del miedo. Tardé años en saber que el abuelo de mi mejor amigo había sido el alcalde socialista de mi pueblo, que esperó la llegada de las tropas facciosas en el ayuntamiento, del que salió directo al paredón.

Todo ese miedo, ese recelo, mi infancia, ahora me doy cuenta, está llena de cuchicheos, de frases a media voz, de sobreentendidos, la obligó a aislarse en el pueblo, nunca logró entender lo que le pasaba, el secreto de aquella rara melancolía, que ella confundía con tristeza, ni el fagonazo insolente de sus intuiciones inefables, ni el intolerable secreto de su sensibilidad en carne viva: su mundo no era de este reino, no al menos en un pueblo tan hosco, tan brutal, como aquel. Por eso, cuando comenzaron las muertes, primero de su hermano mayor, luego de la tía Ramona, en vísperas de la Navidad del 70, pocos meses después de la llegada en Dodge Dart de los embajadores africanos, mi madre se embutió en su disfraz de luto y tristeza y tuvo una impagable excusa para no tener que disimular su desazón, su no ser de este mundo, para creer, definitivamente, que estaba y era triste porque a su alrededor todo se iba descomponiendo. La última muerte, de infarto, la del tío Antonio, con quien habían compartido la aventura africana, en cuya esposa Aquilina

me inspiró para componer uno de los personajes secundarios de la novela, se produjo apenas un año y medio antes de la suya propia: ya nunca tuvo que quitarse el luto, desde aquella víspera de Nochebuena, hasta el instante mismo de su accidente, viniendo del pueblo en compañía, qué raro, de otros amigos de los buenos y viejos tiempos guineanos. Se murió, no me cabe duda y me doy cuenta solo ahora, cuando lo escribo, hablando de Guinea, falleció con Guinea, es decir, con la felicidad, en el corazón, y ese es un regalo que sus dioses le otorgaron en el lecho de asfalto de su muerte, gracias al cual, ahora, en su eterna casa silenciosa, quizá huela a lluvia torrencial, escuche la voz del bosque, sepa discriminar todos los sonidos que tejen la tupida red de árboles, se deje mecer por la brisa y haya aprendido todas y cada una de las palabras de la felicidad, único equipaje de regreso a casa.

A esa mujer callada y triste, eternamente de oscuro a partir de las navidades de 1970, con lo que para un niño de 8 años supone, de súbito, al día siguiente de las vacaciones escolares, en vísperas de las mejores fiestas del año, ver a tu madre de luto de pies a cabeza y tiñendo en una tina todos sus zapatos de betún negro, a esa mujer, decía, solo se le iluminaba el alma a través de los ojos, su espejo, cuando la conversación, con los amigos y parientes de aquella aventura que nos visitaban o a los que acudíamos, suscitaba el tema de Guinea.

Algunos años después el muchacho de la bici y el pantalón corto se hizo escritor y se quedó huérfano y durante años y lustros alentó en su corazón el deseo de escribir sobre aquella mujer, no sobre su madre, no sobre la historia guineana de sus padres, sino sobre aquella mujer perdida en su laberinto sin palabras, sepultada en vida en un pueblo de gañanes violentos y toscos, a la que se le encendía el corazón con los recuerdos del bosque, con ciertas palabras mágicas, Niefang, Santa Isabel, Ebebiyin, Bata.

Como escritor, no como hijo, me fascinaba el desafío de narrar desde su punto de vista, el de una mujer casi iletrada, que había aprendido sus únicos rudimentos aritméticos y gramaticales con su hermana mayor, en casa, a la sazón, la maestra de la modesta escuela del pueblo, el encuentro con el bosque, con otro continente, otra civilización, otras culturas, otros modos de ser y de vivir, narrarlo todo desde su único soporte, su mirada pura, ingenua, su sensibilidad, su apego natural al cordón umbilical de la familia, esa misma hermana mayor, casi una madre para ella, huérfana de cuna, a la que le cuenta en breves epístolas las vicisitudes cotidianas de la colonia; mi desafío era poder contar más cosas de las que ella misma supiera que estaba narrando, vale decir, que de sus letras se dedujera la

situación política de la colonia, el paternalismo de blancos hacia morenos, como entonces se decía, la complicada situación política en los años justamente anteriores a la creación de la provincia, la colonización del territorio prácticamente virgen de Río Muni, muy retrasado en comparación con la implantación española, a todo los niveles, en Fernando Poo.

Y, si ello fuera posible, pues la investigación sobre el tema me fascinó desde el principio, relatar cuidadosa y respetuosamente los pormenores de la cultura fang, sus costumbres, sus historias, su ética, su religión, su comprensión del mundo. Supe desde el principio que, dado el carácter de exiliada interior que manifestaba Erenia, se iba a sentir mucho más identificada con las historias y la manera de ser de Alene, su criada, y familiares de tribu, que con el resto de las mujeres de la colonia con las que habría de compartir por fuerza del acomodo social y, para no crear problemas a su marido, las típicas actividades europeas previsibles, de caridad, religiosidad externa y comportamiento cívico. Siempre supe que iba a sentirse más a gusto a los pies de la abuela de Alene, escuchando con la boca abierta sus historias llenas de magia, misterio y verdad, que tomando el té con Aquilina y el resto de compatriotas, o no digamos participando en un acto de caridad con el cura de la parroquia, conmemorando el 18 de julio, la Fiesta Nacional, el día del “glorioso alzamiento”, colgando banderitas rojigualdas por las calles enfangadas de Valladolid de los Bimbiles, la actual Añisok, o asistiendo a una cena de cortesía con el jefe de su marido, el brutal Pinedo.

El tema de la maternidad, como centro o leit-motiv personal de la novela me pareció esencial. Una mujer, en aquella época en España, no era en realidad una persona, era un apéndice de la familia primero y luego del marido, y solo se consolidaba en un cierto estatus a través de la maternidad. Sabía que esto era un punto de unión con la cosmovisión guineana, para quienes también este hecho esencial de la mujer y de la tribu es de importancia capital.

El conflicto no resuelto con su padre, que procede de la novela anterior, *Hilo de plata*, fue quizá el motor de ese carácter retraído, introvertido y silencioso de Erenia, conflicto que no voy a desvelar y que solo es un guiño para los que la hubieran leído, pues la novela funciona de manera autónoma sin ese conocimiento, que simplemente la perfila desde otro sesgo tangencial, pero que, acaso, fue el detonante, que luego se acrecentó tras la muerte trágica del padre, la orfandad, y aquella revelación de la primera infancia que ella tenía reprimida y que solo la

ceremonia de sanación con la droga, en tanto que descenso a los mecanismos reprimidos del inconsciente, saca a la luz.

Este reconocimiento profundo de sí misma, a través de la purificación de su hilo con el padre, ese nudo que se suelta, gracias a la ceremonia narrada en la tercera parte de *La casa sin palabras* y que propicia su apertura a la maternidad y a su madurez definitiva como mujer, dueña de un mundo propio, fragilísimo, pero donde reina la sutileza, la belleza y la inocencia más ardua. En el relato de esa ceremonia, intento transcribir hasta donde sé los pormenores de esta taumaturgia siguiendo el ritual del *Bwiti*, el acceso a otros lugares de la conciencia, propiciado por el iboga me permite acceder a su memoria reprimida, a su inconsciente individual sepultado en el hueco más oscuro de su almarío, allí donde no se puede permitir sospechar que el secreto último de al menos buena parte de su tristeza procede de aquellas imágenes nunca traducidas en palabras en que sintió, niña, que su padre, sin él imaginarlo, la traicionaba.

Ese final enlaza esta novela con la anterior hasta hacer de ambas una trilogía, si se me permite la aparente contradicción numérica, asumiendo que *Hilo de plata* puede ser considerada como una novela dividida en dos libros, sendas narraciones casi independientes. Y digo solo casi.

Al menos ese ha sido mi intento. Los viajes al continente africano, las lecturas, las conversaciones, los silencios, los encuentros, el estudio, la documentación y la escritura pertenecen a la oficina poética del novelista y carecen, creo, de cualquier interés, pues conforman una rutina de trabajo que duró varios años, aunque luego la redacción de la novela propiamente dicha no ocupara más allá de seis meses, como al dictado, se diría.

Otro tema sería hablar de las sincronicidades, hechos fortuitos que se fueron gestando durante su incubación y escritura, en forma de personas, libros o paisajes que se fueron poniendo delante de mi vida para que las transubstanciara en palabras. Pero ese es otro tema, lo cierto, y termino, es que en ningún momento busqué narrar un relato generacional, una historia familiar, ni mucho menos biográfica, me fascinaba como escritor, y ese era el reto, entrar en el alma sin palabras de una mujer y desde ella contemplar aquellos parajes bellos e inhóspitos en los que fue tan feliz y, al mismo tiempo, acaso, se sintió tan sola, pero en una soledad acolchada, íntima, bien diferente a la soledad chismosa y recelosa de su pueblo.

Allí, en Guinea, Erenia pudo y supo edificar la casa sin palabras de su alma, y hasta urdir los hilos misteriosos e insondables de la maternidad. El resto es literatura; mi único deseo era encontrar la manera de describir

Ángel García Galiano

y transmitir esos sentimientos sin fondo, sin forma, sin palabras, de una manera bella, elegante y verosímil. Ojalá lo haya conseguido.